Todo lo que en comprobacion pudiera aducirse, se encuentra ya dicho, y sólo agregarémos que los atáxicos,* por pérdida del sentido muscular, están incapacitados, no digamos de guiar, pero ni aun de comenzar los movimientos que se les exigen, sin el socorro de la vista que da entónces la nocion indispensable de posicion.

Demostrada la existencia, y caracterizado convenientemente el sentido muscular, ocupémonos de su importancia.

Si investigamos cuáles son las nociones que adquirimos por este sentido, encontrarémos que la sensacion fundamental de contraccion muscular es la única que puede suministrarnos la nocion de resistencia.

La sensacion táctil de presion es insuficiente para proporcionar este conocimiento.

Para nosotros la nocion de resistencia es siempre referida al mundo exterior; la sensacion de presion, si no se traduce por la de tension muscular, no puede suministrarla.

Si consideramos que esta nocion es la base de nuestro conocimiento de la materia; que hay cuerpos cuyo conocimiento seria imposible sin esa propiedad, única que los revela á nosotros y que nos impulsa á buscarles otras, la importancia de la nocion á que aludimos, y *á fortiori*," la del sentido que la procura está fuera de duda. Pero además, la nocion de fuerza, sin la que ninguna filosofía seria posible, se deriva de este sentido. Ninguno de los otros hubiera podido darle orígen; y no es imaginable el estado de nuestros conocimientos sin ella.

La nocion de movimiento, y la opuesta, la de reposo, que emanan de las anteriores, tienen su raíz en el sentido muscular: es eminentemente probable que nuestras primeras nociones de movimiento las obtengamos de la observacion de nosotros mismos, estableciendo relaciones entre nuestras sensaciones musculares, y las de la vista y el tacto. Pero descendiendo á un terreno más práctico, encontrarémos que la nocion de posicion de nuestro cuerpo y sus diversas partes, de la extension, fuerza, velocidad y direccion de nuestros movimientos y de su direccion, el peso de los cuerpos, su forma, su estado físico; si son sólidos su diversa resistencia, elasticidad, maleabilidad, ductilidad, etc., etc.; si líquidos, su densidad, su viscosidad, etc., etc., todas son nociones que pueden adquirirse por el sentido muscular.

* Los que han perdido por enfermedad la coordinacion motriz voluntaria.

De entre ellas muchas se creen puramente visuales, como las relativas al movimiento, que ya se han hecho visuales por deduccion, y son para nosotros comunes á estos dos sentidos: las restantes son juzgadas, vulgarmente, como táctiles: las del estado físico, maleabilidad, ductilidad, etc., etc., que en realidad no lo son, ó por lo ménos que exigen el concurso, no ménos indispensable é importante del sentido muscular.

Si comparamos estas nociones con las que las artes manuales exigen, verémos que al sentido muscular le corresponde dotarnos de las más necesarias para la práctica; y como prueba citarémos el hecho de que los ciegos pueden desempeñar muchísimas de ellas con suma perfeccion, en tanto que los atáxicos se ven reducidos á una impotencia casi absoluta en esta materia.

El sentido muscular es, pues, de capital importancia bajo el doble punto de vista de las nociones que suministra, y de las prácticas que hace posibles.

El hecho de que el sentido de que nos ocupamos no se ejercite, por regla general, aisladamente sino en union de los de la vista y el tacto, así como en compañía de las facultades coordinadoras, dificulta el encontrar ejemplos en los que su progreso y decadencia propias se hagan evidentes; pero hay casos en los que tanto el uno como la otra son bastante claros.

Por lo que toca al desarrollo, citarémos los casos en que la apreciacion del peso de los cuerpos se hace con singular perfeccion: los traficantes en pedrería, dependientes de tienda, contadores de moneda, etc., etc., no necesitan en muchísimos casos recurrir á la balanza para hacer sus pesadas.

La decadencia en las apreciaciones delicadas se nota en los que practican oficios muy rudos; cargadores, herreros, panaderos. El sentimiento del esfuerzo se embota en todos estos casos, temporal y definitivamente.

El progreso en la apreciacion de pequeñas diferencias en la resistencia y demas propiedades derivadas, como dureza, maleabilidad, ductilidad, elasticidad, es marcadísimo en las personas que practican artes que requieren un ejercicio adecuado, como amasadores, grabadores, hiladores, alfareros, etc., etc.

Cuando estos oficios son muy rudos, se embota la sensibilidad, como en el caso anterior, y se imposibilitan las prácticas más delicadas.

Los mismos hechos se observan por lo que toca á la apreciacion de la fuerza, extension, velocidad y duracion de nuestros movimientos.

El progreso es evidente en los dibujantes, escultores, relojeros, grabadores, y en otras muchas circunstancias en las que las cualidades enunciadas de nuestros movimientos necesitan ser apreciadas con suma exactitud.

Hemos elegido ejemplos en los que los movimientos son muy sencillos, para descartar la influencia del desarrollo de las facultades coordinadoras.

En los herreros, gimnastas, canteros y otros, se observa cierta brusquedad peculiar de movimientos que traduce el embotamiento de la sensibilidad que estudiamos.

Estos mismos ejemplos sirven, mirados bajo otro aspecto, para demostrar la imposibilidad de suplir uno con otro dichos ejercicios.

Harémos notar particularmente aquí un hecho de carácter general, y es que:

Las actividades se facilitan unas á otras cuando son semejantes, pero nunca se suplen.

Para evitar repeticiones enojosas no llevarémos más adelante la aplicacion al desarrollo de este sentido de los principios generales ya establecidos, que le son aplicables en todo y por todo.

En vano buscariamos, siguiendo el criterio empleado para el sentido de la vista, un ejercicio que por sí solo pudiera satisfacer á la educacion de este sentido. Cada oficio, cada profesion, tiende á desarrollar ciertos modos de esta sensibilidad, con exclusion mayor ó menor de los demas.

Sólo la práctica de varios de ellos puede satisfacer á todas las exigencias del caso, mediante una eleccion apropiada á los fines preferentes á que se tiende. En la primera infancia, la época más propicia para toda educacion sensorial, los diversos juegos á que espontáneamente se entregan los niños, son un poderoso manantial de adquisiciones de todas clases, y particularmente de la que estudiamos, al grado que es verdaderamente sensible que por apresurarse demasiado á inculcar conocimientos muchas veces imposibles á esa edad, se impida á los niños que jueguen lo bastante.

Entre los juegos hácia los que se inclinan los niños con más fuerza, descuellan los ejercicios que á falta de un nombre más adecuado, llamarémos de *precision*. Con canicas, con huesos de chabacano, con

pelotas, con guijarros, etc., se les ve constantemente jugar, y todo el juego consiste en poner un blanco y tratar de tocarlo. Esta tendencia, como todas las infantiles, revela una necesidad, y como sucede siempre, traza por sí misma el camino que debe seguirse para satisfacerla. Nada más á propósito que los ejercicios de precision, y á esa clase pertenecen los que indicamos, para desarrollar, por una parte, el sistema muscular, y por otra el sentido que nos ocupa. Estos ejercicios pueden dividirse en tres grupos:

Primero.—Los que exigen precision en el equilibrio.

Segundo.—Los que la exigen en el movimiento; y

Tercero.—Los mixtos. Al primero pertenecen el tiro al blanco con arma de fuego por ejemplo; al segundo, el juego de pelota, el tiro al blanco, cuando la mano misma impulsa el proyectil, etc.; al tercero, el billar, el boliche. Todos ellos exigen la intervencion del sentido muscular y son, á la vez que agradables y útiles por otros motivos, muy de adoptarse para educarlo.

SENTIDO DEL TACTO.

La importancia de este sentido disminuye mucho, relativamente, desde que el sentido muscular toma la parte que injustamente se daba al que actualmente nos ocupa. Las sensaciones táctiles, propiamente dichas, son las de presion, temperatura, cosquilleo, tersura y aspereza. De éstas, las tres primeras son evidentemente primitivas; las dos últimas, y la de simple contacto, que pudiera considerarse como un grado ínfimo de la presion, son difíciles de caracterizar como primitivas ó derivadas. De la combinacion de todas éstas entre sí y con las de otros sentidos, dimanan nociones variadísimas, que hacen al tacto de eminente utilidad. Su desarrollo y decadencia están sometidos á leyes idénticas á las ya demostradas.

No insistirémos en esto más que para hacer notar que el tacto y el sentido muscular suplen á la vista en infinidad de casos, y la rectifican en otros no ménos numerosos.

En tal virtud, es necesario preocuparse de dichos sentidos, porque la vista, sobre ser inaplicable en gran número de casos, es muchas veces ménos precisa que ellos.

Para su educacion sólo es de aconsejarse la mucha variedad de

ejercicios y la continua rectificacion *a posteriori*, por los otros sentidos.

SENTIDO DEL OÍDO.

Las variadas nociones que podemos adquirir por medio de este sentido, pueden reducirse á dos fundamentales: el sonido y el ruido. El segundo no es, en concepto de los físicos, más que el resultado de una combinacion de varios sonidos; combinacion irregular, en la que es difícil definir cada uno de los elementos componentes, diferenciándose así de la armonía, en la que es apreciable cada sonido componente.

A los ojos de la acústica no hay, pues, más que una clase de sensacion auditiva, los sonidos; pero á los de la práctica hay, en realidad, las dos ya enunciadas.

En acústica, las cualidades de un sonido son tres: la altura, la intensidad y el timbre: á éstas agregarémos la duracion y el ritmo, para nuestras necesidades particulares. En los ruidos podemos percibir idénticas cualidades, excepto la altura, que es variable de un momento á otro, ó que, aunque constante, es siempre de difícil apreciacion.

De la combinacion de estas cualidades entre sí resultan otras nociones derivadas por deduccion, como las de direccion, naturaleza del cuerpo sonoro, estado de movimiento y de reposo de éste, y otras muchas circunstancias particulares relativas al modo de produccion del sonido ó del ruido.

La observacion demuestra que la adquisicion del conocimiento de cada una de estas cualidades no es igualmente fácil para todas. Así las diferencias de intensidad son más fáciles de percibirse que las de ritmo, éstas más que las de timbre, éstas más que las de duracion, y las de altura son las de más fácil apreciacion. Este hecho tiene una explicacion muy racional.

Obsérvese que la cualidad más difícil de poseer es la apreciacion de un fenómeno exclusivo al sonido, lo cual se explica por la circunstancia de que los fenómenos acústicos más frecuentes en la naturaleza son los ruidos: el desarrollo de este último modo particular de sentir, tiene que ser más pronunciado, por el constante ejercicio á que está sujeto. Como, además, los ruidos son excepcionalmente de un ritmo regular y sí de muy variadas intensidades, la apreciacion de esta última cualidad tiene que ser más fácil que otra cualquiera; como la duracion relativa única que nos ocupa y la nocion del ritmo son correlativas, tienen que dificultarse más que la anterior.

Como el timbre varía con cada cuerpo sonoro, y es propiedad muy particular, sólo se adquiere despues de las otras. Esta última cualidad no se perfecciona sino para aquellos ruidos muy familiares, en los cuales toma un carácter específico, como para el ruido del agua, de la voz humana, etc., etc. Si á esto agregamos que la apreciacion de la altura es particularmente fácil á las personas que cultivan la música, quedará completo el cuadro de pruebas de que el sentido del oído se desarrolla segun los mismos principios que los otros, con todas las particularidades de forma tantas veces repetidas. En tal virtud, los mismos preceptos educacionales son aplicables á este sentido.

Parece natural suponer que el cultivo de la música sea el ejercicio más adecuado para lograr el desarrollo de este sentido; pero si se reflexiona que en la práctica los ruidos son más frecuentes y útiles de conocer que los sonidos, excepto para los músicos, y si se recuerda que no se suplen jamas las cualidades cuyos elementos son muy diferentes, se comprenderá que la música no puede bastar por sí sola para la educacion completa de este sentido, y que aquí, como en los dos anteriores, los ejercicios deben elegirse segun la naturaleza del fin que se trata de realizar.

La educacion musical como medio general de educacion de ciertas aptitudes físicas, é indirectamente de ciertos sentimientos, es importante; pero no debe hacerse de un modo exclusivo.

SENTIDOS DEL OLFATO Y DEL GUSTO.

Con estos dos sentidos pasa exactamente lo mismo que con el muscular y del tacto, y es que se atribuyen al gusto muchas nociones que derivan del olfato. No hay un perfecto acuerdo en precisar las que á cada uno corresponden; pero cualesquiera que puedan ser los resultados á que se llegue en este estudio, en nada afectarán nuestras conclusiones.

El carácter profundamente específico de las sensaciones que estos sentidos suministran hace que no sea fácil hacer su educacion, consistiendo su perfeccionamiento más bien en el conocimiento individual de cada sensacion y en el del cuerpo de que dimana.

No es, sin embargo, imposible toda educacion en ellos, y es tambien de eminente utilidad. El finísimo olfato del perro y el partido que de él saca, hacen entrever la que reportaria el hombre de un grado mayor de perfeccionamiento de este sentido, así como tambien de la perfeccion del gusto. Por lo demas, ni uno ni otro se separan en nada de los principios de desarrollo ya establecidos, ni tampoco es asignable para ellos un ejercicio educacional exclusivo.

Educacion de las facultades locomotrices.

Poco nos queda que decir respecto á este punto, puesto que la importancia y desarrollo de las facultades de que vamos á ocuparnos, nos han detenido lo bastante, y puesto que su educacion comienza á preocupar como debe á los encargados de las escuelas y aun á los padres de familia. Nos concretarémos á un estudio comparativo de los métodos que para educar estas facultades se prefieren hoy, y á desvanecer algunas preocupaciones que reinan á este respeeto.

Uno de los caracteres distintivos de los niños es, á no dudarlo, su extremada actividad física.

Todos sus juegos exigen siempre mucho movimiento, y en igualdad de circunstancias prefieren aquellos que les hacen moverse más. Cuando se les obliga á permanecer en reposo, resisten siempre, y si obedecen su sumision no es duradera, manifiestan de mil maneras su contrariedad, se mueven inquietos é impacientes en su asiento, y á la primera oportunidad se lanzan á sus juegos, tan fatigosos á veces, que serian para un adulto un verdadero suplicio. Durante mucho tiempo, y desgraciadamente aún hoy, esta movilidad excesiva ha sido y es considerada como un grave defecto que es indispensable corregir, y la *urbanidad* condena esa falta de compostura, que tanto mortifica á las personas graves.

Examinando á fondo esta cuestion, y tratando de inquirir cuál es el orígen de esta particularidad del niño y cuáles son las ventajas ó los inconvenientes que de ella resultan, se llega fácilmente á conclusiones diferentes de las que parecen servir de base á ciertos preceptos de urbanidad.

La infancia es una época de perfeccionamiento de nuestras facultades. Uno de los instintos más dominadores en ese período de la vida y sin el cual dicho perfeccionamiento es imposible, es el que impulsa

al niño á ejercitar y poner en juego sus nacientes aptitudes, aprovechando todas las oportunidades que se le presentan ó fingiéndolas si no las tiene naturalmente á la mano.

Ese poderoso instinto es la única explicacion posible de casi la totalidad de sus actos. Sólo por él se explica esa tendencia á tocar y probar todo cuanto ve, así como el placer que experimenta cuando se le producen sonidos con los objetos que mira. Y desde estos actos sencillísimos hasta los juegos complicados que inventa, como las visitas, los soldados, el cuidado y atencion que prodiga á las muñecas, etc., etc., no son otra cosa que ensayos y ejercicios de actos y facultades que más tarde ha de necesitar. Véase si nó la diferencia que média entre los juegos del niño y los de la niña. El primero prefiere los ejercicios varoniles, sus juegos imitan siempre los actos que constituirán su actividad como hombre, y las facultades que prefiere ejercitar son las que más tarde tendrá que necesitar, como la fuerza, la agilidad, el valor, etc., etc.

La niña, por el contrario, juega á cuidar, asear y administrar su casa de muñecas, á coser, á asistir niños y enfermos, y, en una palabra, se entrega, por via de juego, á ejercicios que no son más que un remedo de su actividad definitiva.

Este análisis somero podria llevarse aun más léjos sin temor de ver desmentido este principio:

Las tendencias é inclinaciones normales en la niñez son el trasunto fiel de necesidades indispensables al desarrollo completo de la infancia.

Y por si no basta lo ántes dicho, harémos notar que ese instinto que los impulsa con tanta fuerza á comer golosinas, satisface á la imperiosa necesidad que á esa edad se tiene de sustancias feculentas y azucaradas para alimentar su calor animal, así como de ácidos vegetales que por su accion temperante refresquen, permítasenos esta metáfora, su ardiente sangre; que esa insaciable curiosidad que los impulsa á averiguarlo todo, satisface á su necesidad de saber; que esa aficion que manifiestan por los acertijos, adivinanzas, etc., etc., es un fiel trasunto de la necesidad que tienen de ejercitar sus facultades intelectuales.

El principio cuya demostracion nos ocupa, es todavía susceptible de una precision mayor, puesto que la experiencia demuestra que:

A necesidad más imperiosa corresponde instinto más poderoso.

Así en la niñez, el desarrollo corporal es la más imperiosa de las necesidades, y á él con más fuerza que á otro alguno, conspiran los instintos y los actos del niño.

De aquí esa movilidad incesante, esa continua agitacion, esa turbulencia, que quien se preocupe del bien de la infancia debe vigilar y regularizar, pero nunca impedir.

Algunos padres de familia creen que no hacen mal impidiendo á los niños sus juegos, puesto que tales y cuales horas del dia las dedican á ejercicios gimnásticos que suplen la falta de los otros géneros de actividad. Ménos malo es seguramente esto, que el prescindir á la vez de unos y otros; pero no es ese proceder el más benéfico para la niñez.

En los principios generales de Educacion de las facultades, establecemos dos preceptos que vamos á poner á continuacion para el caso especial que analizamos. Dichos preceptos están así formulados:

I. "El ejercicio educacional debe siempre hacerse en el mayor número posible de formas de cada actividad."

II. "Dicho ejercicio debe siempre revestir las formas en que la vida real exija el concurso de nuestras aptitudes."

Si, como es la verdad, nada hay tan variado como los ejercicios corporales á que los niños se entregan, y si además, los juegos infantiles son un remedo de las actividades definitivas que lo deben ocupar en su madurez, nada más apropiado para el desarrollo físico del niño que el dejarlo que se entregue á su espontánea actividad.

Los ejercicios gimnásticos, con pocas excepciones, son excesivamente monótonos, por lo tanto enojosos para el niño, y además suelen ser poco variados.

No es de despreciarse en manera alguna en la Educacion el placer que el niño encuentre en los ejercicios que se le impongan, porque ya hemos visto que ese placer garantiza la aplicacion y en consecuencia el aprovechamiento. Niños hay, capaces de correr y retozar horas enteras, que no soportan media hora de gimnasia de salon.

Si considerados en general los juegos infantiles son preferibles á los ejercicios gimnásticos, algunos hay que merecen una preferencia especial.

Pocas prácticas serian tan benéficas al individuo y á la sociedad, como la que consistiera en aprovechar la decidida aficion de la infancia á los ejercicios militares para enseñarle á evolucionar, manejar armas, aun cuando fuera valiéndose de algunas fingidas, y todo aquello que le permitiera, en un momento dado, tomar las armas en defensa de sus legítimos derechos. La generalizacion de esta práctica permitiria al cabo de poco tiempo, organizar pronto y bien un ejército disciplinado é instruido, con manifiestas ventajas públicas.

Un beneficio análogo resultaria de ejercitarlos en el arte del bombero, que en algunos países es una imperiosa necesidad, así como en la equitacion, natacion, etc.

Éstos y otros ejercicios análogos satisfacen plenamente á las exigencias mayores que puedan tenerse en punto á Educacion.

Por lo que respecta á la mujer, tenemos una grave preocupacion.

Se priva demasiado á la niña de los ejercicios físicos, y para ello se invocan estos ó parecidos argumentos:

I. La mujer por su género especial de vida, no necesita mucho desarrollo físico.

II. Los juegos activos, la gimnasia, etc., etc., tienden á hacerle perder esa compostura y ese recato que son su cualidad más culminante, y á dotarla de maneras é instintos varoniles que desdicen mucho de lo que le corresponde aparentar y ser.

III. La organizacion femenina no permite una actividad ni remotamente comparable á la del hombre, sin que sobrevengan males graves que es conveniente evitar.

Ocupémonos del primer argumento.

Si la actividad física no tuviera más resultado directo que acrecentar el vigor muscular, ese argumento tendria algun valor; pero nunca el que se le quiere dar, puesto que hay labores femeninas que obligan á la gran mayoría de las mujeres y que no ceden en rudeza á los trabajos del hombre (lavar, planchar, barrer, fregar, amasar, batir, etc.) Pero otras consideraciones reducen esa objecion á la nada.

Si la mujer está condenada á una vida sedentaria que de un modo forzoso tiene que minar su constitucion, razon de más para dotarla cuando niña, de una vigorosa organizacion que disminuya la perniciosa influencia de su género ulterior de vida; y razon de más para que en sus ratos de ocio se entregue á ejercicios físicos que tiendan á neutralizar la perniciosa influencia que sobre su constitucion ejerce el reposo excesivo á que se ve obligada.

Pero sobre todo, aun cuando fuera cierto que ni la fuerza ni la destreza sirven de nada á la mujer en el cumplimiento de sus quehaceres

domésticos, no lo es ménos que si álguien necesita de una salud vigorosa y de una complexion robusta es la mujer, siquiera sea para poder legarla á sus hijos. Creemos innecesario desarrollar ésta última idea que sabrá suscitar en la mente del lector muchas otras que la confirmen. La experiencia, la inexorable experiencia, viene en esta cuestion á confirmar nuestro modo de ver, y basta solamente reflexionar en las infinitas víctimas femeninas de la anemia, enfermedad general en nuestras mujeres de las ciudades populosas (sedentarias por hábito y por educacion más que por necesidad) y desconocida en el campo y entre las mujeres salvajes (activas por necesidad), para no necesitar mencionar otro hecho en comprobacion de nuestras aserciones.

El segundo argumento es ménos válido que el anterior. En la mujer civilizada imperan tanto los sentimientos de decoro y compostura, que es indudable que llegadas á la juventud se olvidarán de los juegos activos, con mayor razon que la que hay para que olviden los que les son favoritos, para tomar el tipo recatado y honesto que les corresponde. No cabe duda que los sentimientos que trasforman á la niña en mujer, son infinitamente más poderosos que los que trasforman al niño en hombre, y tampoco la hay de que la influencia social es más poderosa para ella que para él, y si este último olvida sus maneras infantiles y adopta sin dificultad las que le convienen como hombre, ¿qué razon habria para que en la mujer pasaran las cosas de otro modo? ¿Acaso las inglesas y norteamericanas, amazonas, patinadoras, tiradoras de arco, etc., etc., son ménos recatadas y honestas que nuestras compatriotas? Y sobre todo, ¿es indispensable que los ejercicios físicos femeninos impidan la compostura y el recato?

El tercer argumento es desgraciadamente en muchos casos una gran verdad; pero que, léjos de abogar en contra, aboga en pro de los ejercicios físicos para la mujer.

El género de vida que hace siglos llevan las mujeres civilizadas ha modificado su organizacíon tanto, que si hoy pretendieran vivir como viven las mujeres semi-civilizadas ó salvajes, ó siquiera como sus antepasadas las aristócratas de la Edad Media, pocas organizaciones resistirian á tan rudas fatigas. Pero este hecho reconoce precisamente por orígen la falta de ejercicios que vigoricen las constituciones. Exactamente lo mismo pasa para el hombre actual comparado con el de los tiempos pasados; ¿quién combatiria con la espada de Pedro el

Cruel? ¿quién soportaria sobre sus hombros el peso de la armadura de un cruzado? ¿quién blandiria una lanza de torneo? Y á nadie se le ocurre que por esa razon debiéramos abandonar nuestros ejercicios físicos. Tan no es inherente á la organizacion femenina esa debilidad corporal que hoy la caracteriza, que la mujer primitiva y la mujer salvaje contemporánea no se diferencian del hombre, y en caso de existir diferencia seria en contra de este último, puesto que está evidentemente demostrado que en esas circunstancias los trabajos más rudos y fatigosos los desempeña ella que no es al fin y al cabo más que una esclava.

Educacion de las facultades de la vida vegetativa.

Propiamente hablando, estas facultades no son susceptibles de educacion, puesto que lo que por ellas puede hacerse no se hace por medios suficientemente directos. En realidad, la estricta observacion de los preceptos de la Higiene es lo único que puede recomendarse despues de lo ya dicho respecto á las facultades locomotrices. La educacion de estas últimas es en efecto uno de los medios más directos y manejables de conservar íntegras las demas funciones del organismo y de llevarlas al máximo de su perfeccion.

Como no es á nosotros á quienes compete formular dichos preceptos, sólo recordarémos que el profesor debe conocerlos y practicarlos so pena de grave responsabilidad moral por los males que su descuido puede ocasionar á sus educandos.